

REVOLUCIONES DE MÉXICO

*Gabriel Ferry**

El camino que conduce de Veracruz a México sigue al principio la orilla del mar, atraviesa una playa arenosa que se enrondece graciosamente alrededor de una pequeña bahía de ovaladas ondas y luego se pierde, después de varios rodeos, en un dilatado bosque en cuyo horizonte se descubren masas de verdor. El viajero que, después de haber seguido el arenal donde se extienden las olas con imponente murmullo, penetra en aquellas arcadas naturales oye todavía el ruido del océano repetido por el de las hojas: es la voz del mar que alterna con la de los grandes árboles. Entonces presta con alegría oído a aquella doble armonía y se entrega, según su modo de viajar, al movimiento del carruaje, al trote de su caballo o al balanceo de su litera. De cuando en cuando y por entre aquellas espesuras, percibe el luciente lomo de una becerria, o los enroscados cuernos de un toro medio salvaje, que muestra un instante su negro y húmedo hocico, sus ojos espantados, y desaparece haciendo crujir en su huida las matas entrelazadas y las hojas que aplasta con sus pies. Si el extranjero pregunta a su guía de dónde son aquellos ganados tan hermosos, le contestará éste que pertenecen a la hacienda de Manga de Clavo, y que esta es propiedad del general Santa Anna.

En el seno de aquel cortijo es donde el hombre, que desde 1821 ha unido su nombre a todas las revoluciones de México, que ha sido el jefe o el instrumento de ellas, va sucesivamente, vencedor o vencido, harto de fama o codicioso de ella, cansado de la vida del campamento o de la administración política, a descansar de sus fatigas, de sus derrotas o de sus victorias; allí medita nuevos planes, allí reemplaza sus antipatías políticas con amistades personales, allí medita el destruir a los que elevó y eleva a los que ha derribado. Allí es donde, durante meses y años enteros, vive retirado, olvidado, hasta el momento en que, sin transición y con general asombro, resuena de nuevo su grito de guerra en el otro extremo de la república.

* s.f. [*Gabriel Ferry*], «Sucesos contemporáneos. Revoluciones de México», *Semanario Pintoresco Español*, núm. 38 (17 de septiembre de 1843), pp. 297-299; núm. 39 (24 de septiembre de 1843), pp. 310-311; núm. 40 (1 de octubre de 1843), pp. 314-316. IIs.

<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003116710&search=&lang=es>

<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003116755&search=&lang=es>

<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003116802&search=&lang=es>

Como se ha indicado en la «Introducción» a esta antología, el artículo que reproducimos es traducción de «Révolution du Mexique. Le Général Santa-Anna», publicado sin firma en *L'Illustration: Journal Universel*, I, núm. 22 (29 de julio de 1843), pp. 337-338; núm. 26 (28 de agosto de 1843), pp. 403-404. Procede del volumen de *Gabriel Ferry* [Louis de Bellemare], *Les révolutions du Mexique*. París: E. Dentu, 1844, pp. 173-206. El contenido no se corresponde con el título, ya que lo que en realidad se ofrece es una biografía anecdótica del general Santa Anna.

Solo los hechos pueden retratar ese carácter versátil, inquieto, trastornador; a este hombre no aspirando más que a lo imposible, disgustado de la realidad, victorioso después de una derrota, vencido después de una victoria, jugando su vida y su fortuna con la misma indiferencia con que expone la de los demás, vertiendo la sangre sin ser cruel, y conociendo sobre todo bastante a sus compatriotas para jugar impunemente tan temerario juego, sujetándolos porque los conoce.

Santa Anna tendrá de 45 a 46 años; es de estatura elevada y todavía no se resiente de la madurez de la edad. Su color pálido, sus grandes ojos negros, sus cabellos más negros todavía y ensortijados sobre una frente elevada imprimen a su persona un aire de distinción, que no es desmentido por una fácil y abundante locución, común a cuantos hablan la hermosa lengua española, tan armoniosa y rica. Reúne a esta natural elocuencia el arte de conocer mejor que nadie los resortes que es preciso tocar, las fibras que debe hacer vibrar en el corazón de sus conciudadanos, y es irresistible la influencia de su palabra.

Preséntase por primera vez en la historia política de México en 1821. Joven entonces, mandaba un cuerpo de insurrectos, a cuya cabeza se apoderó de Veracruz, de donde fue nombrado gobernador. Protegido por el emperador Iturbide, a quien había sostenido con todo su poder, le mandó comparecer ante él para dar cuenta de una grave insubordinación. Ofendido de una destitución merecida, pero que no esperaba, volvió a la plaza que mandaba, arengó a sus tropas, se sublevó contra la autoridad imperial y declaró a México república independiente. Un general enviado para castigarle se unió a él; las ciudades de Oaxaca, Guadalajara, Guanajuato, Querétaro, San Luis Potosí y Puebla se sublevaron igualmente, y apenas transcurrió un año desde el atrevido desafío de Santa Anna, que ya estaba derribado del trono el emperador Iturbide.

A los pocos meses de instalada la nueva república, de la cual el general Santa Anna había sido el primer campeón, se sublevó también él primero contra la autoridad de su Congreso.

En 1828 era aún Santa Anna gobernador de Veracruz. Estalló en México un complot; creyósele cómplice y el Congreso le quitó el gobierno; pero lo mismo había de obedecer al Congreso que había obedecido a Iturbide. Lejos de dimitir su autoridad, que no se extendía más que a la ciudad de Veracruz, Santa Anna, con uno de los golpes de audacia que le son familiares, usurpó el mando de toda la provincia, reunió a sus fieles veracruzanos, batió a las tropas que le opusieron, se adelantó hasta el fuerte de Perote y se apoderó de él. Un decreto del Senado le declaró fuera de la ley y envió contra él nuevas tropas.

Santa Anna llevó la moderación hasta el punto de no declarar a su vez fuera de la ley al Senado, y principió una de esas guerras de escaramuzas en las cuales la espontaneidad, la rapidez de sus movimientos le hacen tan temible; una de esas campañas de marchas y contramarchas donde se hace la guerra a la manera de los árabes o de los indios de América por astucia y por sorpresa, y que participan al mismo tiempo de la guerra y de la caza. [...]

[...] Este estado de cosas duró hasta septiembre de 1829. En aquella época la España hizo una tentativa para reconquistar a México. Salió la expedición de La Habana también, como trescientos años antes, pero no había un Cortés. El brigadier Barradas desembarcó en Tampico con trescientos hombres.

Mientras el general español, indeciso acerca de la marcha que había de seguir, daba proclamas que ningún efecto producían; mientras México se agitaba sin decidir nada, al saber tan sorprendente nueva, abandonaba Santa Anna la vida del campo, reunía de nuevo sus soldados hacia un embargo forzado de todos los buques de cabotaje que había en la rada de Veracruz, embarcaba en ellos apresuradamente su gente, sin orden del Gobierno ni ningún poder especial, desembarcaba cerca de Tampico y derrotaba a las tropas de Barradas. Este se volvió a embarcar llevándose los caudales, sus soldados se dispersaron, y la noticia de su derrota llegó a México casi al mismo tiempo que la de su desembarco.

En el mes de diciembre siguiente, el general Bustamante, proclamado por las tropas del campo de Jalapa para derribar a Guerrero, marchó sobre México. Santa Anna, de vuelta a Manga de Clavo, con su acostumbrada rapidez y el ascendiente de su palabra, había reunido un nuevo ejército para volar en auxilio del vicepresidente. Llegó a Jalapa, que temblaba todavía por la nueva insurrección, y supo que Guerrero había abandonado a México y dirigiose hacia el Sur. Creyendo entonces que la fortuna de Bustamante era superior a la de Guerrero, que aún no había llegado el tiempo de luchar personalmente con un rival, cuyo nombre le importunaba ya, Santa Anna licenció sus tropas, que siempre había de volver a encontrar, y regresó, como Cincinato, a sus campos, hasta el momento en que él mismo peleará por esa misma presidencia que se disputan a su vista y a la cual su edad le impedía aspirar, pues no tenía más que treinta y cinco años cumplidos. Dos años transcurrieron, durante los cuales Santa Anna, retirado en su hacienda, se entregó tranquilamente a sus pasatiempos favoritos, las luchas de gallos, las corridas de caballos y el juego, y parecía haber desechado toda ambición. El 14 de febrero de 1831, en la misma ciudad de Oaxaca, donde había desafiado con tanta indiferencia los esfuerzos del Gobierno, el desgraciado Guerrero terminaba a un tiempo su campaña y su azarosa existencia.

Acababa de ser fusilado, y la noticia de su ejecución debió turbar la soledad de Santa Anna. Bustamante sucedió a Guerrero y gobernó tranquilamente a México. Durante este año, nada hacía sospechar que empezaba a pesar a Santa Anna tan prolongada inacción, y tan contraria a sus hábitos y a su espíritu. El camino que va de Veracruz a Manga de Clavo estaba desierto; ya no se oía resonar en él el galope de aquellos correos que se cruzaban y subseguían el día en que meditaba algún imprevisto pronunciamiento. Dentro y fuera de la hacienda, todo estaba tranquilo. [...]

[...] Santa Anna conocía bien a sus compatriotas. El 3 de marzo había sido la derrota de Tolomé; Calderón se hubiera apoderado casi sin resistencia de Veracruz y no se presentó con su ejército ante sus muros hasta el 10. Entonces todo estaba reparado; pero Santa Anna contaba además, todavía para defenderse, con las exhalaciones ar-

dientes de los arenales que rodean la ciudad, con la fiebre amarilla y con el hambre, y estos terribles aliados no burlaron su esperanza. El hambre, la sed, las enfermedades y la deserción diezmaron el ejército del Gobierno, y el 13 de mayo siguiente el general Calderón levantó el sitio y se replegó sobre México.

Sin embargo, la insurrección contra Bustamante había hecho inmensos progresos. Los insurgentes pedían de nuevo al general Pedraza, presidente de derecho, elegido en 1828. Santa Anna, que entonces se había opuesto a su elección, se unió esta vez a él y se puso en marcha para México. Calderón quiso detenerle de nuevo; se encontraron en Corral Falso, cerca de Jalapa, el 13 de junio; pero esta vez Calderón capituló. Le reemplazó en el mando del ejército, por una orden del Congreso, el general Facio; Santa Anna lo batió completamente y se dirigió sobre la capital de México.

Bustamante, al saberlo, salió precipitadamente en su busca. Encontráronse los dos rivales delante de Puebla y era inevitable una acción general, pero Bustamante cedió a la influencia de la omnipotente estrella de Santa Anna y dio el triunfo al jefe de la insurrección, accediendo a los deseos de los insurrectos.

De este modo, terminó para Santa Anna el año 1832. El de 1833 debió ascender a la presidencia y ser, como César, el primero en Roma.

A fines de este año estalló una nueva insurrección, Valladolid. Fue la primera escena de una gran comedia, en la cual Santa Anna se reservó el papel más brillante. La insurrección, dirigida por el general Durán, tenía por objeto proclamar dictador al presidente. Santa Anna se indignó de aquella violación de las leyes, de las cuales era el primer súbdito. Dio a su fiel Arista la orden de seguirle, y ambos marcharon de nuevo contra los rebeldes. De repente le propuso este que aceptase los ofrecimientos de sus adictos servidores a quienes iban a combatir. Santa Anna reprendió a Arista el no haberle apreciado mejor y le mandó callar, pero Arista resistió, le entregó su espada, le declaró que ya no estaba bajo sus órdenes, que iba a pasarse al general Durán y que a su pesar le haría dictador. Fácil es conocer que no pasaba aquella escena en el silencio de la intimidad.

Santa Anna, hecho poco después prisionero por los sublevados, se escapó y volvió a México, donde el vicepresidente Gómez Farías resistía de mejor fe a una insurrección de la guarnición misma del Palacio, y volvió a salir a campaña contra Arista y Durán, obligándoles a capitular en Guanajuato (la capitulación fue suave). Después, satisfecho con haber dado al mundo aquel ejemplo digno de la antigua Roma, disgustado tal vez de la realidad o cansado de los trabajos de la administración, dejó Santa Anna su autoridad, hasta nueva orden, en manos del vicepresidente, y se fue a fortalecer su alma en la soledad de Manga de Clavo. Pronto la abandonó para ir a someter la ciudad de Zacatecas, volvió a ella de nuevo y se alejó otra vez para castigar la rebelión de los Tejanos.

Hemos visto, en la acción de Veracruz, a Santa Anna completamente batido desde el principio terminar la campaña como vencedor; en la de Texas, la victoria solo le conducirá a la derrota. Principió por tomar a la bayoneta la ciudad de San Antonio de Béjar, derrotó a los lejanos en los encuentros de Goliad y de Copano, les hizo seiscientos prisioneros, hizo fusilar inmediatamente la mitad y se adelantó hasta cerca de San Jacinto. [...]

El 20 de abril de 1836, el presidente y su tropa llegaron a las tres de la tarde, cerca de San Jacinto; el sol reflejado por los terrenos calcinosos era tan abrasador que aquellos hombres de bronce y aquellos caballos, que no tenían un pelo húmedo después de una larga carrera, sintieron necesidad de hacer alto. [...]

Como sucede siempre cuando se hace alto en medio de aquellos abrasados desiertos, reinó un silencio general entre aquellos jinetes atontados por el calor; solo las chicharras cantaban con furor a los rayos de aquel sol. De repente sonó por todos lados la voz de «¡A las armas!», «¡A las armas!»; las centinelas se replegaron precipitadamente sobre el destacamento, y apenas se habían cinchado los caballos y montado los jinetes, un millar de tejanos los atacaban con vigor. Castrillón sostuvo el choque valientemente, pero las balas de los kentuckinos silbaban a sus oídos. Desde las alturas que dominan la llanura, derribaban sucesivamente con sus largas carabinas a todos los oficiales. Castrillón, herido por muchos golpes, vaciló sobre su caballo y cayó, pero los cazadores de nutrias buscaban en vano en medio de la refriega a Santa Anna: su sueño le salvó. Un criado del presidente estaba en la puerta de la cabaña, de la cual salió al oír el tiroteo, y le dijo al presentarle su caballo listo:

—Vuestra Excelencia no tiene tiempo más que para huir; Castrillón, todos nuestros oficiales han muerto; pronto, pronto, a caballo.

Santa Anna salió a galope para reunirse al cuerpo del ejército y a Filisola. El camino estaba cortado, volvió bridas, pero le habían descubierto. Veinte jinetes le seguían, su caballo le puso pronto fuera de su alcance y huyendo llegó a una casa abandonada. Se apeó para dejar resollar a su caballo, entró en la cabaña, y apoderándose de unos vestidos que encontró por casualidad, los cambió por los suyos y emprendió de nuevo su carrera. Por desgracia, los que le perseguían, y a quienes nada se escapaba, conocieron las huellas del hierro de su caballo y se vio nuevamente perseguido a pesar de su disfraz. Al llegar a un torrente su caballo resistía pasarlo, perdíase tiempo, el enemigo se adelantaba, y Santa Anna fue hecho prisionero.

Conducido a Washington, el Congreso deliberó sobre la suerte que le esperaba: la mayoría opinaba que se le fusilase, pero un miembro de la Asamblea se levantó y dijo:

—Señores, estamos en guerra con México: ¿cuál es nuestro objeto? Hacerle todo el mal posible. Pues bien, el medio más seguro que podemos emplear es devolverle su fatal presidente.

Tan extraña proposición le salvó la vida, y Santa Anna fue puesto en libertad después de haber jurado no volver a tomar las armas contra Texas.

Durante aquel cautiverio, que no terminó hasta el mes de noviembre del mismo año, Santa Anna había concluido los cinco de su presidencia. Al regresar a México, abatido ya por su derrota y su detención, conociendo que el prestigio de su nombre estaba casi destruido, tuvo aún a más sensible humillación de encontrar a su rival Bustamante elegido presidente casi por unanimidad. Había obtenido 57 votos de 62 y solo 5 se habían atrevido a proclamar el nombre de Santa Anna.

Dos años después, en noviembre de 1838, Santa Anna fue arrebatado de sus meditaciones en Manga de Clavo por los estampidos del cañón francés, que batía el fuerte hasta entonces intomable de San Juan de Ulúa. Corrió a Veracruz, donde encontró el

nombramiento de gobernador de la ciudad, expedido por el Senado. En vano mandó a los defensores del fuerte que se sepultaran bajo sus ruinas; se vieron precisados a rendirse, y Santa Anna se desesperaba al considerar el irresistible poder de las naciones europeas. Una casualidad providencial le libró de un segundo cautiverio.

Sabiendo el príncipe de Joinville que el general Santa Anna estaba en Veracruz, resolvió apoderarse de su persona; tratábase de sorprenderle durante su sueño. Al día siguiente a las cinco de la mañana, bajó el príncipe a su chalupa y se hizo acompañar por una embarcación. Veracruz no se había rendido todavía.

Por esa casualidad providencial de que hemos hablado, en vez de la atmósfera siempre pura y trasparente del cielo siempre azulado que cubre la ciudad y la rada, aquella mañana, como por milagro, la rada y la ciudad estaban envueltas en una espesa y opaca niebla, y al llegar el príncipe a la punta del muelle, tuvo que esperar algunos minutos la embarcación que le acompañaba, que llevaba los petardos para abrir las puertas y los clavos para clavar los cañones y que se había extraviado por aquella causa. La casa de Santa Anna fue rodeada y tomada, pero aquellos pocos minutos de retardo le salvaron; su cama estaba aún caliente, y su fiel Arista, sorprendido solo, tuvo el honor de entregar su espada al príncipe francés.

Retírese este en buen orden. Las embarcaciones estaban ya llenas de gente cuando se abrió una de las puertas que dan sobre el muelle, y medio se veía en ella a un general con una pierna fuera y la espada en la mano. Al mismo tiempo, un cañonazo a metralla, disparado desde el extremo del muelle, y como si diera el último adiós a los enemigos, derribó a Santa Anna llevándole la pierna derecha por encima de la rodilla y mutilándole la mano en que tenía la espada.

Desde entonces, mira con dolor su pierna amputada; pero también desde entonces ha reconquistado la presidencia, que se ha vuelto para él una completa dictadura, cuya duración y poder no tienen límites. ¿Y quién sabe en lo que se cambiará aquella dictadura? Todo cede ante él, solo él es poderoso, él señala los impuestos, y durante este año de 1843 ha establecido uno directo: es una lotería cuyos billetes cuestan muy caros, y cada particular rico recibe la orden de tomar cierto número de ellos. Las suertes son numerosas y seductores los premios, pero los billetes premiados salen rara vez, y aun entonces valen poco más, pues la despiadada lotería nunca paga.

El desinterés hasta entonces heroico de Santa Anna ha sido reemplazado por la codicia de enriquecerse. Manga de Clavo se ha convertido en centro de las vastas posesiones, que abrazan una parte del estado de Veracruz, y un camino de hierro, emprendido por orden suya, debe atravesarlas y duplicar su fortuna privada, sirviendo al mismo tiempo a la utilidad pública.

Hemos procurado pintar a Santa Anna cual nos le han hecho conocer las relaciones de sus generales y subalternos. ¿Quién puede saber el secreto de aquella alma melancólica e inquieta? ¿Estará satisfecha al fin su insaciable ambición? No puede negársele extraordinario talento, una prontitud admirable en sus decisiones, una audacia imperturbable y un conocimiento profundo del carácter de sus compatriotas; pero de todos modos, si mirado con el prisma de la distancia aparece como un gigante, es debido a los pigmeos que le rodean y que sobrepuja con toda su elevación.